

A veinte cuadras de un círculo negro

Un Blindex conserva la profundidad acanalada de un trazo apenas vital escrito en la pared: *“Acá nos reprimieron y nos torturaron”*. El sol recorta sobre el piso indiferente la geometría perfecta de la cruz que divide el ventanal.

Camino con prudencia por este espacio de ahogo. Todavía escucho el silencio roto de alguna alma en pena. “Sala de tor...” dice arriba, a la derecha, y puedo completar la frase, otra sentencia preservada detrás del vidrio: Sala de tortura.

Olor a pis, malestar, falsa escuadra, oleadas de goles en el Monumental, pilas de mujeres y hombres que desaparecen por arriba, abajo, al centro y adentro. Bebés apoyados sobre metales que se transformaron en futuras incógnitas identitarias.

Hace mucho frío y parece tentador sentarme en uno de estos bancos de cemento a recibir el fervor del sol. Pero no quiero descansar. No puedo darme ese lujo. No pretendo para mí ningún reposo satisfactorio. Aquí transitan aún, encerrados y clandestinos, los protagonistas de uno de *“los archivos negros de los años en que uno vivía donde termina la vida y empieza la muerte”*.

Aquí no hay descanso. No hay sol reparador. No hay olor a clorofila. Los autos modernos deambulan con aire amenazante por las calles internas. Aquí, *“mientras otros se matan de risa, nosotros lloramos”*.

Nadie encuentra. Todos buscan.

Usable, tirado y sin nombre.

Qué silencio.

Muchas arrugas de abuelas y presencias de madres detenidas.
Cuadrículas de caras transparentes.
Hileras de fotos que se desenfozan contra el reflejo del sol.

¿Habría sido posible pasarla bien un ratito? ¿Sonreír?

Vivo desde hace 48 años —mi edad actual— a veinte cuadras de la ESMA. La Avenida del Libertador era el paso obligado para visitar a mis tías, las mujeres distinguidas de Zona Norte. Tendría unos ocho años cuando mi papá me dijo:

—¿Ves este lugar? Acá torturaban y mataban gente.

Desde ese día, cada vez que pasaba fugazmente en auto por la puerta del majestuoso y soberbio predio, pensaba en lo intrigante y espesa que era toda esa información para mi pequeño cerebro. Nada más y nada menos.

Por esa misma época también me dijo:

—Los dinosaurios de Charly son los militares.

Habría que atar cabos y empezar a entender, años más tarde, de qué se trata todo esto.

Así llego hoy, empujada por este año 2026 en que se cumplen cincuenta años del Golpe de Estado en mi país, Argentina. Llego para escuchar podcasts, revisar archivos audiovisuales y entrar sola, con los sentidos lúcidos, al actual Espacio de la Memoria. Antes, Escuela de Mecánica de la Armada, centro clandestino de detención, campo de concentración, obscuro, aplastante, gris aunque esté despejado, encriptado, mutante.

El día anterior había llegado hasta la puerta del ex Casino de Suboficiales y estaba cerrado. Volví hoy, acompañada por palabras que no deberían existir: Capucha. Capuchita. Traslado. Pecera. Palabras capaces de tragarse una vida entera.

Casa del Almirante. Residencia. Hay ruidos, un baño que pierde, una pantalla encendida en una habitación donde habla un sobreviviente. Persianas bajas, paredes dibujadas con luz, una mirilla, hago por orden el recorrido de la persona detenida-desaparecida. Pienso en ese auto estacionando en el playón, la bajada al sótano, la viga que choca contra la frente transpirada. Y tengo miedo. El mismo miedo que sentía de chica cuando apagaban la luz y corría hasta la cama convencida de que algo me seguía desde el pasillo.

Llego para armar una caja de zapatos con recuerdos, un archivo fotográfico imantado.

Para poder preguntarle a mi papá una tarde de domingo:

—¿Cómo puede ser que, acá, a veinte cuadras, torturaban gente, nacían bebés en cautiverio y desaparecían personas, mientras ustedes iban, como si nada, a trabajar, al cine Lorca, al Obelisco a festejar que ganó Argentina, a misa en la Redonda de Belgrano? ¿Cómo puede ser que me llevaban de la mano al jardín y que a la tardecita veíamos *Mesa de Noticias* por ATC y nos reíamos? ¿Por qué íbamos a Villa Gesell, jugábamos con la Pulpito, nos metíamos en el mar y me ponían vinagre para bajar la inflamación de las aguas vivas?

Todo eso pasaba mientras una parte de la humanidad, la nuestra, era secuestrada, engrilletada, lacerada, esfumada, volatilizada.

— Es que no lo sabíamos.

Aterrorizada.

— Es que no lo sabíamos.

Arrojada viva desde el aire.

— Es que no lo sabíamos.

Barbarie.

Ferocidad.

Mientras tanto, mi primera infancia crecía y daba a luz sus primeros pasos debajo de un sol que sí me abrazó.

Estoy sola caminando por estas calles que proyectan horror.

Que de este horror se anime alguna luz.

Que el miedo al silencio no me detenga.

Valeria Pérez Delgado
24 de Junio de 2026.